

PRÓLOGO

Una tarde de agosto en que corría la brisa por el pueblo de Cashiers, Carolina del Norte, acompañé a mi madre a la biblioteca de la localidad. A pesar de contar con una población de unas doscientas personas, la biblioteca impresiona por lo bien provista, sobre todo gracias a las familias que pasan los veranos en las montañas. Su fondo había recibido donaciones sucesorias de libros –ejemplo de la tradición cívica estadounidense de recaudación de fondos para proyectos comunitarios– y nos dedicamos a mirar lo que estaba a nuestra disposición. Un libro editado por Whit Burnett –a iniciativa de John Pen– llamó mi atención; se titulaba *This is My Best. Over 150 self-chosen and complete masterpieces, and the reasons for their selection*. A medida que hojeaba sus páginas, me percataba de su excepcional importancia para la historia de la escritura literaria. Publicado por Dial Press en 1942, el editor había pedido a los escritores más prestigiosos de la época que «de la producción íntegra de toda su vida eligieran el pasaje que en su opinión autónoma representara su mayor momento creativo. [...] Un libro compuesto a lo largo de diversos años, la condensación de múltiples puntos de vista a lo largo de vidas diferentes, la revelación pública de las opiniones privadas de nuestros mejores escritores sobre la consideración que tienen de sí mismos, y lo que más valoran de sus escritos».

La introducción aclara que ni a T.S. Eliot, ni a Gertrude Stein les fue posible participar ya que se encontraban en Europa (en plena guerra). Sin embargo, William Faulkner, Pearl Buck, Sinclair Lewis, Ernest Hemingway, Willa Cather, Theodore Dreiser, Wallace Ste-

vens, Langston Hughes y un conjunto de escritores, pensadores, poetas y filósofos colaboraron mediante la selección de sus piezas preferidas. Algunos compararon la operación con una tortura, pero se entregaron al esfuerzo. John Dos Passos escribió que «las páginas de libros anteriores que yo recordaba vivamente porque habían salido bien, parecen estropeadas cuando las miro de nuevo». Booth Tarkington consideraba que «hay pocos escritores, y ello a causa de su envidiable juventud, que puedan sentir afecto por obras de su propia factura una vez que han sido dadas a la fría imprenta».

Otros en cambio recibieron la invitación con agrado. William Saroyan se jactó sin pudor: «me intereso muy poco en otros escritos, salvo que se trate de los míos propios, en cuyo caso soy ferviente devoto del material». Dorothy Parker, con su finura característica respondió: «Bien, ¿qué puede un escritor decir sobre una muestra de su propia obra? Si va por una senda, es afectado. Si va por la otra, es Saroyan. El cuento, por supuesto, no alcanza lo que yo me había propuesto, eso nunca ocurre. Se supone que debía de estrujarte el corazón, y no es así. Pero en cuanto al oficio, es lo mejor que he hecho. Es probable que haya sentido alguna obligación maternal de hablar en su favor. Nadie más lo hizo».

Me pareció fascinante que Lillian Hellman colaborara con un texto de su viaje a Valencia, hacia 1937: «Este fragmento es sobre España durante la Guerra Civil. Espero que estas personas estén vivas, que vivan para ver tiempos mejores». Y John Dewey, enfrascado en el estudio de los escritos y discursos de Adolf Hitler, predijo su derrota: «Sus doctrinas y sus acciones se apoyan en la estimación mínima de las capacidades de la naturaleza humana. El origen moral de su derrota definitiva será precisamente esta absoluta falta de fe. Pues los cimientos de una Europa pacificada y unida son el descubrimiento por parte de los pueblos europeos de la verdadera naturaleza del ideal democrático y de los métodos democráticos sólo mediante los cuales el ideal puede hacerse efectivo». Parece que ocurrió hace una eternidad, aunque en términos históricos fue apenas ayer.

La antología me pareció fascinante no sólo por el singular contexto histórico de los textos escogidos, pues resulta una suerte de friso de la literatura y pensamiento estadounidenses en un periodo crucial, sino también porque al comparar las voces de los escritores que presentan su propia obra, se aprecian las enormes diferencias de estilo y de manera en que cada cual se dedicó a la literatura. Por extraño que parezca, cuanto más hablaba con otros sobre el libro, más me daba cuenta de que en realidad todavía estaba disponible en muchas bibliotecas, tanto privadas como públicas. Carlos Fuentes, al recibir la invitación a este proyecto, respondió diciendo que le agradaba formar parte de la versión en español, pues el volumen original de Burnett, que él mismo había leído en su juventud, le había traído gratos recuerdos de la biblioteca de su padre.

Ralph Waldo Emerson escribió en su ensayo «La historia» que hay una mente común a todos los hombres y por lo tanto, toda la historia existe en cada hombre, que toda la historia se encuentra plegada en una experiencia individual única. «La creación de mil bosques está en una bellota». También escribió que «El hecho narrado debe corresponderse con algo en mí para ser creíble e inteligible. A medida que leemos, hemos de volvernos griegos, romanos, turcos, sacerdotes y reyes, mártires y verdugos, hemos de fijar estas imágenes a una realidad de nuestra experiencia secreta». Un poco como dar un paseo por el bosque de símbolos de Baudelaire que observan atentos con familiar mirada.

Como estadounidense que ha pasado media vida en España dedicada a la edición, me he concentrado en difundir la obra traducida de muchos escritores para un público de habla española. Así que la iniciativa de editar una versión en español de aquella antología me pareció una propuesta de importancia: una travesía por algunos de los escritores más célebres de la lengua durante la segunda mitad del siglo xx. A fin de arrancar la bellota, su almendra, la obsesión impulsora de un escritor, saber lo que él o ella, en la tranquili-

dad de su estudio, considera lo más representativo de esa obsesión. A fin de escuchar las voces singulares y fijar las imágenes *a una realidad de mi experiencia secreta*, pasear por los símbolos que observan atentos, a fin de ser un niño solitario que crece en el Perú, un joven en Madrid cuya amante muere en la cama antes de la consumación, un pintor en Tahití que se inspira en una noche de tormenta o una madre que elige el poder en lugar del amor para el futuro de su hijo en un mundo de criaturas mágicas. Tal vez, al vivir estas experiencias secretas, se pueda descubrir por entre los árboles algún mapa oculto de ese bosque.

Mil bosques en una bellota es mucho menos ambicioso en extensión y alcance que el original de Whit Burnett. Supongo que resulta apropiado para el nuevo siglo y mucho podría escribirse y se escribe sobre el estado actual de la capacidad de atención. Aquí hay sólo veintiocho escritores y todos son narradores. Conviene dejar claro que no cabe hablar aquí de un canon, ni siquiera personal, sino de una selección de algunos escritores del siglo xx que han sido ampliamente reconocidos en muchos países. El espacio no me permitió incluir a todos los escritores cuya obra admiro y hay escritores más o menos canónicos que no figuran aquí, pero que fueron invitados y que por diversos motivos no participaron –Gabriel García Márquez, Fernando del Paso, Fernando Vallejo, César Aira, José Emilio Pacheco y William Ospina, entre otros–. A otros los invitamos, pero por desgracia fallecieron antes de que el proceso de edición se iniciara, como Guillermo Cabrera Infante y Daniel Sada. Carlos Fuentes –que siguió muy de cerca el proceso de edición del apartado que le concernía y que, por fortuna, alcanzó a verlo prácticamente culminado–, fue uno de los últimos escritores con los que tuve la ocasión de conversar, y sus palabras ahora han pasado a la historia literaria. Por lo tanto, los lectores no deberían escandalizarse porque un escritor no figure aquí y la selección asume abiertamente las limitaciones propias de la perspectiva de una lectora de sexo femenino, nacida en Nueva York, en el año 1963, con un interés más o menos

continuado por la narrativa que se escribe en español y que vive en Barcelona desde hace más de veinte años. Es el trabajo de una lectora que emprende una investigación acompañada de los escritores que han tenido la amabilidad de dejarse llevar por el entusiasmo de una aventura literaria azarosa. El hecho de que se trate de una antología elegida por los propios escritores significa que ellos mismos han fungido de especialistas en su obra, y mi trabajo de editora ha sido el de mera recopilación –con la ayuda de un equipo de colaboradores– con muy contados y velados momentos entre bastidores.

Organizada con criterio cronológico, comenzando con la escritora Aurora Venturini, que recibió en su juventud un premio de manos Borges y recientemente otro más de jóvenes lectores argentinos, esta recopilación reúne la obra de algunos de los más reconocidos escritores en lengua española de la segunda mitad del siglo xx. El escritor más joven es Evelio Rosero, nacido en 1953. En el entendido de que cuanto más joven es un escritor, resulta más difícil suponer que haya una obra lo bastante amplia (o ya cerrada) de donde escoger. Si este compendio ha de cumplir con alguna función, la de servir por ejemplo de documentación para la historia de la literatura, al menos la mayor parte de los escritores debería tener a su disposición algo que pueda considerarse el mejor escrito de toda una carrera.

A cada escritor y su selección se le dedica un apartado inicial en tres segmentos. El primero de ellos, titulado «La tortura del Dr. Johnson», somete al escritor al ligero sufrimiento de verse obligado a elegir y al que me he referido más arriba. El Dr. Johnson escribió que a «todo hombre al que un autor le pide la opinión sobre su obra se le somete a una tortura y no está obligado a decir la verdad». Así que en este caso la tortura deviene más tortuosa cuando es el escritor el que debe decir la verdad sobre sí mismo y su propia obra. A algunos les pareció particularmente incómodo, entre ellos a Eduardo Mendoza, Rafael Sánchez Ferlosio, Hebe Uhart o Alberto Ruy Sánchez, pero todos al final se lo tomaron con espíritu deportivo, así que tanto mejor para sus lectores.

El segundo segmento de este apartado se titula «En conversación con los difuntos», que cita los muy célebres versos del soneto de Quevedo: «Retirado en la paz de estos desiertos / con pocos, pero doctos libros juntos / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos». En este segmento se nos dan a conocer algunas influencias, la tradición en la que cada escritor se inscribe, los autores difuntos que han marcado su obra y a los que han leído o releen y con los cuales conversan desde un punto de vista creativo. A su vez, el tercer segmento, «Coda», pretende poner de relieve algunas de las peculiaridades de la obra de cada escritor para que abunde en sus intenciones ya que, como Katherine Anne Porter menciona en la edición en lengua inglesa: «La elección de la propia obra por parte de su autor deberá ser decidida siempre por el criterio privado del margen existente entre la intención y el hecho resultante». Aquí me permito indagar un poco, con alguna pregunta adicional que complete lo ofrecido en los segmentos precedentes.

La lectura de la serie de respuestas, seguidas de la selección respectiva en un mismo volumen esboza un retrato de interés respecto de los hechos que conformaron la vida de estos escritores y de cómo incidieron en su escritura en particular, y por lo tanto en el contexto más amplio de la literatura de la lengua. La ordenación cronológica, y no geográfica, proporciona una idea de la marcha de la literatura en ambos continentes lingüísticos, y sigue el flujo y reflujo de los acontecimientos más amplios, tanto políticos como literarios, el tráfico cultural a ambos lados del Atlántico, los exilios y diásporas derivadas de un siglo turbulento. Se aprecian los efectos devastadores de la dictadura franquista; la manera en que los escritores tuvieron que exiliarse, publicar en otros países o someterse a la censura, o también optar por limitarse al realismo como el mejor medio para denunciar el estado de cosas del aquel entonces. París se refrenda como más que una mera leyenda, casi una protagonista, la patria literaria de la tribu perdida: centro de los escritores españoles que buscaban un entorno en el que pudieran escribir, y tam-

bién una ciudad de refugio para los escritores latinoamericanos que huían de la represión o de las dictaduras militares. William Faulkner ocupa un lugar preponderante, en palabras de Ishmael en *Moby Dick* «un gran fantasma encapuchado, como un monte nevado en el aire». García Márquez lo invocó como «maestro» al recibir el premio Nobel y Mario Vargas Llosa escribió que «sin la influencia de Faulkner no hubiera habido novela moderna en América Latina. Los mejores escritores lo leyeron y, al igual que Fuentes y Rulfo, Cortázar y Carpentier, Sabato y Roa Bastos, García Márquez y Onetti supieron sacar partido de sus enseñanzas, de la misma manera en que el propio Faulkner aprovechó la maestría técnica de James Joyce y las sutilezas de Henry James entre otros para construir su espléndida saga narrativa». Él es uno de los difuntos más citados, también por Ramón Pinilla, cuyo *Getxo* es su microcosmos imaginario, una versión vasca de Yoknapatawpha.

La mayoría de las conversaciones se realizaron cara a cara. Recuerdo la tarde con Javier Marías en su casa de Madrid, mientras bajaba los libros de los estantes de su biblioteca, a la vez que hojeaba las traducciones de Nabokov en busca del origen de su «luna pulposa», o la transcurrida en un agosto muy caluroso con Antonio Muñoz Molina en un café, también de Madrid, hablando de la memoria y la literatura y de Mágina, y cómo el tiempo en el sur de España había dado un salto de un siglo al siguiente tras la muerte de Franco. O la animada conversación con Ana María Matute en su casa de Barcelona, en donde hablamos sobre la literatura medieval, la tradición artúrica, los límites del realismo y las dificultades de haber sido una mujer inteligente en una época en que las buenas chicas no iban a la universidad. Me reuní con Cristina Fernández Cubas en uno de sus lugares favoritos del Eixample, conversadora chispeante, que se centró en encantadoras perífrasis y en una apasionada defensa del cuento; Enrique Vila-Matas, cuyos juegos y travesuras literarias en la página no son sino la manifestación de un escritor erudito. Paseé por las Ramblas con Juan Goytisolo para

comprar un periódico después de estar un rato conversando en el salón del Hotel Oriente, y tomé unas copas con Carlos Fuentes en el Hotel Majestic, charlando en su impecable inglés en honor de la antología original y de la biblioteca de su padre. Pasé una tarde con Juan Marsé en su casa recordando a la Teresa original en París y la ferocidad del Monte Carmelo de aquel entonces; con Esther Tusquets hablamos de Virginia Woolf y su vida como editora, con Edgardo Cozarinsky tomé champán a las cinco de la tarde (en más de una ocasión) y asistí a milongas secretas; en el café de una librería charlé con Abilio Estévez, que me recreó la nostalgia de sus tiempos en Cuba antes del exilio. Hubo cultos y afilados intercambios en la cena y el almuerzo con Jorge Edwards en Madrid y Mallorca, y tequilas y taxis con Alberto Ruy Sánchez en México. Muchas conversaciones largas y reiteradas por teléfono con Rafael Sánchez Ferlosio fueron al principio adustas e imponentes, y se volvieron cada vez más entrañables. Recuerdo la encantadora humildad de Ramiro Pinilla frente a su monumental obra y su impresionante dominio de la literatura estadounidense. Y así podría seguir.

De la misma manera en que Hemingway envió, para la antología de Burnett, una nota desde Cuba pidiendo que se incluyera el cuento «La breve vida feliz de Francis Macomber» en lugar de otros que hasta entonces habían sido lectura de todos los niños estadounidenses en edad escolar, *Mil bosques en una bellota* recoge algunas sorprendentes respuestas de interés. Por ejemplo, Mario Vargas Llosa eligió un fragmento de *El paraíso en la otra esquina* en lugar de *Conversación en La Catedral* o *La guerra del fin del mundo* como yo o muchos otros podrían haber esperado. Carlos Fuentes se decidió por un fragmento de *Terra nostra* en lugar de las elogiadas *La muerte de Artemio Cruz* o *Aura*. O bien la revelación de que Enrique Vila-Matas considera que un cuento de *Exploradores del abismo* es muy representativo de sus más profundas obsesiones literarias.

Muchas manos dedicaron cuatro años a este empeño. Una aventura literaria de la que se podrían extraer diversas conclusiones

y sospecho que más de un mapa oculto del bosque para el lector más experto. Pero dejo a cada cual que las extraiga en función de sus experiencias secretas, que encuentre los miles de bosques en su propia bellota. Este libro no pretende ser una experiencia comisariada, sino un descubrimiento. El objetivo ha sido establecer un contacto directo entre el lector y algunos de los escritores que han dejado una huella en la historia de la literatura en lengua española, que han desempeñado un papel importante en su historia y tradición.

Ojalá que algún día en el futuro sucediera lo mismo con esta antología que con la de la versión original en inglés: que alguien donara un ejemplar a una biblioteca, que ese mismo ejemplar caiga por casualidad en manos de su lector ideal, que encuentre en esta antología el sendero por el bosque de las letras que observan atentas con familiar mirada. Mi deseo es que ese lector en potencia disfrute de esta aventura a través de la literatura de lengua española de mano de sus escritores, percatándose de que ha sido tocado por un proyecto que se remonta a 1942, cuando T.S. Eliot y Gertrude Stein se vieron impedidos a enviar sus colaboraciones a causa de los submarinos. Así continúa la marcha de la literatura.

VALERIE MILES

Barcelona, mayo de 2012